

ZURUMBÁTICOS

De Ivania Cox



Una mujer. En el piso hay restos de máscaras de carnaval, hay una cabeza de marimonda. Suena de a ratos música de carnaval colombiano a lo lejos.

MUJER: Sesenta y tres antes que él, sesenta y tres veces sobre el colchón apenas cubierto por una sábana ensopada con el sudor de sesenta y tres hombres. Amablemente me ayudó a exprimirla torciéndola por un extremo. De tanto ser usado el aire empezaba a convertirse en lodo.

Él, que conocía del amor sólo la mecánica, apenas si podía tenerse de pie. Con el desaliento trepidando sus rodillas. Zurumbático y torpe hasta que se impuso la urgencia. “Me hicieron entrar, dijo” y después fue jadeo y no más palabras, hasta expulsar el peso de sus tripas dentro de mi cuerpo.

¡Jarapellinosos, jerosolimitanos! Gritaron sesenta y cuatro voces, sesenta y cuatro gargantas de hombre, cuyos sesenta y cuatro cuerpos habían poseído al mío. Único, descomadrajado y recompuesto.

Con teticas de perra, ranita lánguida, india, gitana llena de abalorios. ¡Jaraperillinosos, jerosolimitanos! Fue lo último que escuché después de levantar las carpas y dejar el pueblo.

Una vez fui virgen. Hace unos años. El tiempo pasa, pero no tanto. Una vez fui virgen, y para serlo mi madre me había cosido un pantalón con lona de velero, reforzado con un sistema de correas entrecruzadas, que se cerraba por delante con una gruesa hebilla de hierro. Temiendo que él, corpulento y voluntarioso me agarrara dormida.

En el pueblo se empezó a decir que yo seguía virgen por

que él era impotente, hasta que un día después de que su gallo ganó una pelea, el contrincante, el perdedor le dijo: A ver si el gallo le hace el favor a tu mujer. Primero clavó su lanza en el ofensor y luego vino a mi dormitorio.

Desnudo con su magnífico animal entre las piernas, más parecido a un moco de pavo que a un órgano humano. Él tomó mi cuerpo. Ante el embiste crujió como un desordenado fichero de dominó y mi piel se deshizo en un sudor pálido, los ojos se me llenaron de lágrimas y mi cuerpo exhaló un lamento lúgubre. Me dijo que lo había soportado con una valentía admirable, y después se le desbarató el corazón en un manantial de obscenidades que me entraban por los oídos y me salían por la boca.

Los hombres piden más de lo que uno cree, hay mucho que cocinar, mucho que sufrir por pequeñeces. Los hombres piden más de lo que tú crees.

El primero fue a los catorce y siguió amándome hasta los veintidós, prometió seguirme hasta el fin del mundo. Yo lo busqué en todos los hombres, los altos y bajos, rubios y morenos, que las barajas me prometían por los caminos de tierra y los caminos de mar, para dentro de tres días, tres meses o tres años. Porque tiempo pasa, pero no tanto.

Después vino la guerra. Primero se llevaron hasta los cuchillos de las cocinas. Luego se fueron los hombres, esos mismo que pelearon y perdieron treinta y dos batallas. En el medio necesitaron apaciguar el vientre. Las hijas de familia eran enviadas a la cama del coronel y de los guerreros notables para mejorar la raza. Pero no bastaba y llevaron un tren cargado de putas inverosímiles, de hembras

babilónicas adiestradas en recursos inmemoriales, no me acuerdo si eso fue en la guerra o cuando vino la bananera, en todo caso las dos veces los hombres se fueron para volver medio muertos, si es que volvían.

La vaina que nos hemos buscado, es como si el mundo estuviera dando vueltas.

El tiempo pasa y macilentas y gordas, viudas de nadie, las putas, las bisabuelas francesas y las matronas babilónicas esperan la muerte junto a victrolas que tocan la misma música. O terminan ciegas, sin descanso, reducidas a huesos, estorbando en la casa como un mueble inútil. Con el disfraz del carnaval de la vejez, las putas y las esposas. Recluidas por la soledad y el amor y la soledad del amor. Mientras ellos ganan o pierden la siguiente batalla o conquistan la tierra más allá de la ciénaga.

“Quítate eso”, dijo, por mis pantalones de lona de velero que había cosido mi madre. Le contesté que si de mí nacían niños con cola de puerco era toda su culpa. “Si has de parir iguanas, criaremos iguanas, pero no habrá más muertos en este pueblo por culpa tuya” y yo pensé que había sido culpa del gallo o del gallero que le hizo burla, pero igual le hice caso y me destrabé las correas entrecruzadas por la hebilla de hierro. Después, él clavó la lanza en el piso de tierra.

Sesenta y tres veces. El tiempo pasa, pero no tanto. Jarapellinosos, jerosolimitanos, zurumbáticos y escampados.

Pasó el tiempo, pero no tanto. Él clavó la lanza en la tierra y se armó un pavoroso remolino de polvo y escombros. Después todo fue centrifugado por la cólera del huracán bíblico.

Ivania Cox (Costa Rica). Es dramaturga y escritora. Nacida en Costa Rica, actualmente reside en Argentina. Fue becaria del Women’s Creative Mentorship de la Uni-

versidad de Iowa. Su obra “Mejor bailemos” fue ganadora del Concurso de dramaturgas argentinas en 2019.